

ministracion de bienes ó intereses, durante esas largas horas que pasan cuando se despiden las visitas de mi madre? ¿No les he oido hablar de miles de duros, de sumas y restas ahora mismo, hace apenas media hora? En ese salon cercano donde están casi siempre, echaban sus cuentas galanas sobre prosaicos guarismos, mientras yo estaba apuntando mis impresiones en este libro de memorias que es mi consuelo en esta soledad. Despues de mucho echar cálculos y de mucho reir, han callado como de costumbre, y siguen callando todavía. De fijo, no tienen ya de que hablar. ¿Hay nada que produzca más aburrimiento que hallarse dos personas en el compromiso de decirse algo sin hallar objeto sobre que conversar? Parece imposible que Alberto continúe viniendo con tanta constancia, y que mi madre tenga la paciencia de sufrírle tantas horas.

.

¡Horror! ¡Horror! ¿Quién lo dijera? Ahora comprendo el misterioso aviso de Carlos y las sospechas que ha despertado mi madre. ¡Cuán ciega he sido hasta hoy!

Continuaba el silencio más profundo en el salon contíguo y así transcurrió largo rato; me llamó la atención aquel silencio tan prolongado, y sentí una curiosidad que no había sentido nunca. ¡Ojalá no la hubiese sentido!

Me levanté y de puntillas me acerqué á la puerta del salon. Antes de entrar en él me fijé en el espejo que lo adorna, y su tersa superficie me reflejó en todo su repugnante esplendor lo que pasaba en el otro extremo, que no alcanzaba á ver directamente. Ví sobre el espejo las imágenes de mi madre y de Alberto. Este le daba un beso y ella no le rechazaba!

¡Dios mio, es posible tanta avilantez? Este amor está maldito y ha debido ser inspirado por el genio del averno. ¡Ay!
¡Cuán desdichada soy! Perdónala, Dios mio. .
. es mi madre. la perdo-
no. yo mue.

*
**

Así acababa el libro de memorias de Felicia. Sus últimas palabras sueltas y casi incoherentes, que transcribo entre puntos suspensivos, estaban mal trazadas y en carácter, casi ininteligible, denotando el